

Cuestión de cumpleaños

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO (*)

TARTAS, soplos y velas. Así está la actualidad. Recientemente, el es (sin «x», pero con «s») dictador vitalicio de la muerte (honorés hay que no se pierden, despreciable genocida) cumplía su aniversario. Su hijo —el que justifica las hazañas de su *augusto* y heroico padre— andaba molesto. Lamentaba que a su progenitor le retirasen la inmunidad el mismo día de su cumpleaños. (Qué salero el de esta criatura).



Pero en fin, ya que estamos de aniversarios, resulta que llega el de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y surge aquí la papeleta. ¿Con quién preferimos quedar bien? ¿Estamos dispuestos a agradecer los genocidas servicios prestados o nos va a dar por asumir un sincero *basta siempre, nunca más?*

A finales del siglo XX, en plena desmesura de globalidad, quizá no estuviera de más que también fuésemos *globales* para rendir cuentas ante un mismo ordenamiento de la dignidad humana.

A estos textos —frente a lo que en ellos se proclama— les hemos ya brindado muchas veces desmán, barbarie y fanatismo. Esos regalos —por desgracia— los tienen ya repetidos; y cabe preguntarse si este año tendremos el gesto de regalar (y regalarnos) la palabra que de ellos se desprende: que no se puede instar y apadrinar el crimen (aunque digas hacerlo en nombre de no sé cuántas cosas buenas, patrióticas y honorables); que no se puede hacer el bestia y esconderte tras una razón de estado, y refugiarte tras una soberanía, y ampararte tras una jefatura.

Que haya aún mucho camino por recorrer, que quede aún mucho vomitivo mandatario pasando por estadista, no explica que, una vez más, prescindamos de sentirnos ciudadanos de derecho.

Frente a la arbitrariedad y la tiranía; luz, razón y justicia. ¡Felicidades, conciencia!

(*) Periodista y profesor de CC. de la Información